

«Ríos con aceite, leche, miel y vino; los gansos vuelan ya asados; los monjes bailan con las monjas; todos los alimentos están 'a pedir de boca'» (Anónimo)

CARLOS
IGLESIAS



El País de Jauja

Cuando Pizarro en marzo de 1533 exploraba la región de los Atún-Xauxas queda maravillado al contemplar la magnificencia del Valle del Hatunmayo (hoy Valle del Mantaro), un valle cubierto de abundante vegetación, con campiñas y quebradas bajo un cielo azul espléndido. Pizarro ante este esplendor llega a decir que: 'en todo lo que anduve no me pareció mejor disposición para asentar pueblos'. Tenía noticias de que esta tierra era muy rica en oro, en plata y en alimentos: carne y cereales; con una importante población y, por tanto, ideal para fundar una ciudad. Los cronistas que le acompañan acuñan la frase: desde el País de Jauja.

El Inca Huayna Cápac tuvo mucho cariño por éstas tierras, por lo cuál mando construir un palacio con un jardín donde había plantas y figuras de oro, eran las réplicas del Coricancha, también mandó ejecutar el suntuosísimo templo del Sol, levantó una casa y convento de vírgenes dedicadas al servicio del Campo. 'Las ovejas de oro con sus pastores del mismo metal, la fuente de oro con su chorro áureo, artísticamente labrado, las espigas de maíz de oro macizo, figuran en el inventario de los objetos llevados por Hernando Pizarro al Carlos V'.

Cuando Huascar estuvo prisionero, ofrece a cambio de su libertad 'seis ovejas y sus pastores y el prado en que pastan, todo de oro, ni ochenta indios no le podrían traer'. Todas éstas riquezas: oro, plata, sobretodo mantenimientos (comida abundante como papas, cereales, carne, leche, etc.) originan la Leyenda de Jauja como un país de abundancia y riqueza ilimitada, como un país dorado.

Ha quedado el país de Jauja en el acervo lingüístico para designar una utopía, un mito de la abundancia; una leyenda que proviene de los arquetipos populares del medioevo en el que el hambre cotidiana era la pesadilla de las familias y de pueblos enteros. La única esperanza posible, como siempre, era refugiarse en lugares imaginarios donde la carencia de alimentos no existía y en donde los placeres carnales eran ilimitados en su disfrute. Como país de Cuñaca o Jauja, aparece un poema en el norte de Francia y en la narración inglesa 'The Land of Cockayne', ambas obras del siglo XIII, y responde al tópi-

co del mundo al revés: ríos con aceite, leche, miel y vino; los gansos vuelan ya asados; los monjes bailan con las monjas; todos los alimentos están 'a pedir de boca'.

Una utopía con enorme difusión y variedad. En España el lugar se denominó Cucaña, en Alemania Schlaraffenland (tierra o país de Jauja) o Venusberg (monte de Venus), el Paese della cuccagna en Italia, en Francia el Pays de Cocagne... Curiosamente, esta palabra, procedente de la fábula, quedó definitivamente incorporada al castellano: la cucaña es un palo largo, untado de grasa, al cual hay que trepar o andar en equilibrio para coger el premio, normalmente un manjar o un gallo colgado en la punta. También es el Paraíso de Eldorado que creyera vislumbrar Álvaro Núñez Cabeza de Vaca en tierras de Nuevo México y que dio lugar al fracasado proyecto político de Lope de Aguirre, o la insula Barataria del Quijote, entre otros. No es muy difícil encontrar, hoy día, una variante renovada de este mito en la mentalidad de los emigrantes que aso-

cian su llegada a un país incierto a una tierra de Jauja, al cual a veces no logran ni llegar o bien si lo hacen descubren una verdad bastante amarga.

Nuestro Lope de Rueda relata, en 'La tierra de Jauja', las cualidades de esta tierra sin par: se paga a los hombres por dormir, azotan a los hombres que se empeñan en trabajar, los árboles son de tocino y sus hojas de pan fino. Las calles están empedradas con yemas de huevo y lonjas de tocino, asadas y fritas. Hay numerosos asadores de gallinas y perdices, los animales llevan clavados cuchillos mientras dicen: 'engúlleme, engúlleme'. Existen cajas de mazapanes, merengues, arroz con leche, natillas, barriles de vino dulce que dicen: 'cómeme, bébeme, cómeme, bébeme' al alcance de cualquier persona, y nunca faltan las cazuelas de huevos y queso. Aunque la cruda realidad se impone, también como siempre: «Mendruco. ¡Válalos el diablo! ¡Dios les guarde! ¿Y qué s'an hecho estos mis contadores de la tierra de Xauxa? ¡Offrescidos seáys a cincuenta abiones!

Mundos de Jauja sólo existen como artificios ideológicos para engañar

Es una utopía, una leyenda que viene de los arquetipos del medioevo

Los árboles son de tocino y las calles están empedradas con yemas de huevo

¿Y qué's de mi caçuela? ¡Juro a mí que ha sido vellaquíssimamente hecho!... ¡Pues yo juro a mí, que juro a bueno, que tengo d'embiar tras ellos quatro o cinco dineros de hermandades para que los traygan a su costa!».

Pieter Brueghel el Viejo en este cuadro de 1567 que reproducimos, 'El país de Jauja', representa el tema de una manera magistral. Su dosis de crudeza descriptiva es bastante acentuada, y su entramado pictórico requiere atención, paciencia y buen juicio por parte del espectador para poder llegar a desentrañar los mensajes de este lienzo, y descifrarlos en todos sus detalles.

Adorno lleva a cabo un análisis de la pintura de Brueghel, fundada en el mito flamenco. Se accede a 'Luilekkerland' excavando un túnel en una montaña de pastel de maíz. Una vez que el mortal afortunado consigue llegar a la tierra prometida, comienza la anhelada existencia del ocio y la glotonería. Al fondo, a la derecha del cuadro, podemos observar como el nuevo habitante es depositado suavemente por un árbol en el suelo. Lo primero que ven sus ojos es un cactus formado por tortas de pan unidas, un horneado cochinitillo que se pasea ante sus ojos con el cuchillo colgando del lomo dispuesto a ser trinchado y un cebado pollo asado que se posa solícito en la bandeja con mantel. Abajo, en el centro de la imagen, un huevo pasado por agua deambula apertitoso con el cubierto preparado, listo para la sal.

Tres hombres vencidos por la bebida, obesos, cada uno de ellos vestido de manera diferente, son la representación de tres clases sociales: un caballero, un campesino y un hombre de letras, estudiante o clérigo. Una extraña vivienda, cuyo escudo heráldico bien pudiera ser un queso, parece hundida en el suelo por el peso generoso de las tartas, debajo de la cual dormita en apacible somnolencia, signo de la ignorancia, un hombre de armas. En el lindero del fondo se adivinan los setos formados por salchichas y en el grueso árbol del centro, a cuya sombra roncan los bienaventurados, cuelgan mesas bien dispuestas, aparejadas para el próximo servicio. En torno al árbol de la buena mesa, revuelto entre sus armas un soldado duerme profundamente en atrevido escorzo; a continuación, un campesino, grueso como un tonel, yace de espaldas sobre su allegadora; por último, un clérigo tumbado sobre el sayal con las piernas abiertas y la Biblia cerrada al lado, levanta la vista con expresión perdida.

Los tres estados unidos por la indolencia y la perfecta saciedad, la pereza y la gula. El sueño como símbolo de la inconsciencia: de la ignorancia insalvable como origen y fundamento del mal en el mundo. Mundos de Jauja sólo existen como artificios ideológicos para engañar y también, es cierto, para autoengañarnos.



ICONOGRAFÍA. El país de Jauja. P. Brueghel el Viejo. / E. C.